

Las aventuras entre aves de Hudson

NIALL BINNS

Universidad Complutense de Madrid
nbinns@filol.ucm.es

Recibido: 29 de abril de 2023 - Aceptado: 18 de mayo de 2023

DOI: <https://doi.org/10.46553/LET.87.2023.p100-127>

Resumen: El artículo examina la noción de “aventura” en la obra de Hudson en relación con las aves. Hace una distinción entre la experiencia argentina de su infancia y juventud, con especies aviáres deslumbrantes por su tamaño y colorido, y su experiencia con las especies más modestas que conoció, ya como adulto, en un paisaje inglés que era víctima de una persecución implacable por parte de coleccionistas y de terratenientes y guardabosques empeñados en librar sus cotos de caza de depredadores. Las experiencias en la Inglaterra rural eran aventuras igualmente intensas para Hudson, un naturalista de campo con poderes de observación, una sutileza de oído y una capacidad de asombro fuera del común. El artículo se centra, en su sección principal, en la manera apasionada en que Hudson aborda en sus libros la representación de los sílvidos, una familia de pájaros de aspecto generalmente anodino y difícilísima de avistar, para examinar así sus distintas estrategias como ensayista y militante del conservacionismo.

Palabras clave: Guillermo Enrique Hudson, aventura, sílvidos, aves y literatura, estudios aviáres

Hudson Birds Adventures

Abstract: The article examines the notion of “adventure” in Hudson’s work in relation to birds. It distinguishes his experience in Argentina as a child and in his youth, with species dazzling due to their size and colouring, from his experience with the more modest species he came across, as an adult, in an English countryside which was victim to the relentless persecution by collectors and by landowners and gamekeepers’ intent on freeing their hunting grounds from predators. The experiences in rural England were adventures just as intense for Hudson, a field naturalist with exceptional powers of observation, the subtlest of ears for birdsong and an unusual ability to experience wonder. In its principal section, the article centres on the passion with which Hudson speaks in his books of warblers, the most anodine of bird families in their aspect and extremely difficult to spot, to examine his strategies as nature essayist and conservationist.

Keywords: W. H. Hudson, Adventure, Warblers, Birds and Literature, Avian Studies

Aventuras en un país de maravillas

Hay algo deliberadamente extraño, y hasta provocador, en el título que puso W. H. Hudson al sexto capítulo de *Far Away and Long Ago*: “Some Bird Adventures”, “Algunas aventuras con pájaros” como lo tradujo Idea Vilariño, pero más propiamente “Algunas aventuras con aves” (Hudson, 1980: 247)¹. La palabra “adventure” remite a experiencias sorprendentes, cargadas de emoción y casi siempre peligrosas, y es difícil pensar que un lector común, un lector –digamos– que llega por primera vez a una obra de Hudson, no piense: ¿qué puede haber de sorprendente, emocionante y sobre todo de peligroso en un ave? Era una reacción anticipada por el autor. A fin de cuentas, ya había experimentado con la noción, cinco años antes, en 1913, al titular uno de sus ensayos ingleses *Adventures among Birds*.

Para el lector de entre siglos, hablar de “adventure” estaba asociado al auge de la novela de aventuras, aventuras casi siempre situadas en ultramar, que se consumía con un apetito tan formidable como el de la expansión colonial que había llevado a las grandes potencias europeas a invadir y ocupar tantos rincones del planeta. Hacía pensar en las novelas de Jules Verne y Robert Louis Stevenson, de Henry Rider Haggard y Rudyard Kipling, de Edgar Rice Burroughs y hasta de Arthur Conan Doyle. El propio Hudson había entrado a formar parte de ese *boom* con la primera edición de su novela *The Purple Land that England Lost*, publicada en 1885 –es decir, tres años después de *La isla del tesoro* y en el mismo año que *Las minas del rey Salomón*–, cuyo subtítulo rezaba “Travels and Adventures in the Banda Oriental, South America”. Eran aventuras en un continente poco transitado por los novelistas en lengua inglesa, que se sentían más cómodos en los territorios colonizados de África y Asia, y Hudson, consciente de la atracción de lo exótico, volvería a él en *Green Mansions*, que era la narración –como aseguraba el propio protagonista Abel, al comienzo del capítulo inicial– de “my travels and adventures among the savages” (Hudson, 1904: 7).

Las novelas de aventuras se solían considerar lecturas para adolescentes, pero la noción de aventura se adaptaba también, con un éxito notable y menos insistencia en los viajes de ultramar, al libro infantil. Está en títulos como *Alice’s Adventures in Wonderland* (1865), en

¹ La confusión entre ave y pájaro existe en casi todas las primeras traducciones de Hudson, como se puede ver también en los títulos *Aventuras entre pájaros* (1944, traducido por Ricardo Attwell de Veyga) y *Pájaros de la ciudad y la aldea* (1946, traducido por Federico López Cruz), o bien –por ejemplo– a lo largo de *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* (1951) de Ezequiel Martínez Estrada. En la “Aclaración inicial” a sus *Aves del Plata* (1974), los traductores y científicos Herminia C. Mangonnet de Gollan y José Santos Gollan recordaron que “la palabra inglesa ‘bird’ corresponde a ‘ave’ en su sentido más amplio, el de toda la clase zoológica de esta denominación, incluyendo a los ‘pájaros’ que forman sólo una parte de las aves; nadie llama ‘pájaro’ a un pato, cigüeña o ñandú, salvo jocosamente” (Hudson, 1974: 14).

The Adventures of Tom Sawyer (1876), o bien, para lectores aún más jóvenes, en *The Adventures of Two Dutch Dolls* (1895) y *The Adventures of the Three Bold Babes* (1897), libros editados por Longmans, Green & Co., donde en esos mismos años Hudson publicaba libros como *British Birds* (1895), *Nature in Downland* (1900), *Birds and Man* (1901) y *Hampshire Days* (1903). En el capítulo “Some Bird Adventures”, de *Far Away and Long Ago*, las aventuras serían, precisamente, las de un niño de sólo seis años, y esa edad daba sentido al título y servía para calmar, quizá, la perplejidad de aquel lector primerizo de Hudson. ¿Qué podía haber de sorprendente, emocionante o peligroso en un ave? En la primera aventura del capítulo el niño protagonista acompañaba a su hermano mayor a un arroyo que se había desbordado de su cauce a raíz de las lluvias:

Se veían una cantidad impresionante de aves –sobre todo patos salvajes, unos cuantos cisnes y muchas limícolas: ibis, garzas, espátulas y otras, pero las más maravillosas eran tres aves inmensamente altas y de color blanco y rosa, que vadeaban solemnemente en fila a poca distancia la una de la otra y a unos veinte metros de la orilla. Esa imagen me dejó asombrado y encantado, y mi deleite aumentó cuando el ave que iba por delante se detuvo, levantando la cabeza e irguiendo el largo cuello, y luego abrió y sacudió las alas, porque esas alas, al abrirse, se mostraban de un glorioso color carmesí, y el ave me pareció la más angelical de todas las criaturas de la tierra.

–¿Qué son esas aves maravillosas? –les pregunté a mis hermanos, pero no sabían decírmelo. Jamás habían visto aves como esas, y descubrí más tarde que los flamencos no se conocían en la región porque los cursos de agua no eran lo suficientemente caudalosos. (Hudson, 1918: 78)².

Los flamencos eran *angel-like* y dos veces *wonderful*, dos veces maravillosos. Cómo no iban a serlo, claro, si se encontraban en el Wonderland, en el país de las maravillas del niño Hudson.

En ese capítulo 6 de *Far Away and Long Ago* está también la “pequeña aventura aviar” que tuvo el niño cuando intentó capturar una de las torcazas de una inmensa bandada que había llegado a la estancia, aunque en esta nueva aventura se mostró “más con el carácter de un chiquillo inocente y extremadamente crédulo de tres años que con el de un naturalista de campo de seis con una experiencia ya amplia de aves agrestes” (1918: 79-82). Están también la emoción del niño ante las dos especies de loro de la zona, el loro barranquero y la cotorra argentina, que tanta felicidad le provocaban (1918: 85-88), y la emoción que le causaba la asombrosa habilidad de los ñandúes (1918: 89-91). La aventura principal del capítulo es, sin embargo, la que tuvo con una pareja de caranchos, aves formidables que tenían algo de buitre y algo de águila: “vulture-eagles” los llama Hudson en inglés (1918: 77). Esta sí que era una

² Todas las traducciones de los libros de Hudson (y otros en inglés) son mías.

aventura en toda regla. Los había observado atentamente durante semanas. Los había visto agarrados al cuello de una oveja enferma, “golpeando y desgarrándole la cara” para hacerla perder el equilibrio y caer, y los había visto llevarse a seis lechoncitos mientras la cerda madre seguía postrada en el suelo por el parto y era incapaz por tanto de defender a su prole (1918: 84). Una tarde, al no verlos por ninguna parte, el niño Hudson consiguió dominar el pánico que le producían y subió, con el corazón en un puño, trepando entre las ramas del duraznero donde tenían su nido, con el propósito de robar los huevos. Oyó, de repente, un grito de carancho. Escudriñando entre las hojas pudo ver a los dos progenitores, “volando enfurecidos en mi dirección, y volviendo a chillar a medida que se acercaban”. Totalmente atemorizado, se dejó caer del árbol y huyó corriendo a la casa (1918: 84-85).

Los finales del siglo XIX y los comienzos del XX fueron una época pletórica de novelas de aventuras y libros de aventuras infantiles, pero el ensanchamiento del mundo ejercido por el expansionismo colonial inspiró también un corpus importante de libros de viaje, testimonios de las diversas aventuras vividas por exploradores y buscavidas en tierras lejanas. Por ejemplo, en la editorial Longmans, Green & Co. donde Hudson publicaba, había una colección entera dedicada a “Travel and Adventure, Colonies, &c.”. Dentro de ese corpus de textos fueron muchos los que narraban las aventuras del cazador, del que salía con su escopeta en busca de presas exóticas; y muchos libros de naturalistas –pienso, por ejemplo, en el *Voyage up the River Amazon* (1847) del estadounidense William H. Edwards– eran en gran medida un catálogo de las distintas especies cazadas en el camino. En ese contexto habría que situar, por supuesto, no tanto las primeras aventuras del niño Hudson que salía a cazar huevos (jamás, ni aun en sus días de fervor conservacionista, condenaría ese impulso –para él incontenible, y hasta sano por lo que mostraba de curiosidad infantil ante la maravilla del mundo natural– que llevaba a los niños a acechar a las aves, seguir sus pasos, descubrir sus nidos y robar sus huevos), cuanto las del Hudson adulto, narradas en *Idle Days in Patagonia* (1893a). La primera de las aventuras de este último libro sucedió con el único cóndor que vio durante los meses que pasó en el sur. Lo avistó mientras cabalgaba por el borde de un acantilado junto a un amigo. Este sacó casi como acto reflejo su escopeta, disparó contra el ave y ambos oyeron cómo el chasquido del perdigón entró en el duro plumaje de sus alas. Perdieron de vista al cóndor, pero lo volvieron a ver más tarde, posado a la entrada de una cueva, ya a salvo y fuera del alcance de sus armas de fuego. Según Hudson, se trataba sólo de una aventura menor, una *slight adventure* (Hudson, 1893a: 56-57).

Otras aventuras de *Idle Days in Patagonia* tuvieron lugar con un perro viejo y miope llamado Major que acompañaba a Hudson cuando este salía con su escopeta a cazar aves. Descubrieron un día una pequeña bandada de flamencos y Hudson se acercó sigilosamente con el perro, ocultándose tras los juncos “con una alegría febril y expectante” porque ahí delante se encontraba el ejemplar más grande y hermoso que había visto en toda su vida (1893a: 65). Hizo fuego y el flamenco cayó dentro del agua, en un lugar aparentemente inaccesible. Major, no obstante, se lanzó impertérrito al agua, llegó nadando y trajo de vuelta la presa. Esa noche, en torno a la chimenea, Hudson relató con júbilo las “aventuras” que

había tenido con el perro (1893a: 67), pero unos días después, cuando alcanzó con sus disparos a cinco gansos, este ya no quiso traerlos de vuelta. Se puso a jugar con los cuerpos de las aves abatidas, les quitaba las plumas, las laceraba con sus mordiscos. Las “joint adventures”, o aventuras en común con Major, habían terminado (1893a:73).

Ahora bien, la aventura clave de *Idle Days in Patagonia* es la que tuvo como protagonista a un búho magallánico. Lo había avistado Hudson en la rama de un sauce: “Me miró con tanta tranquilidad mientras lo apuntaba con mi escopeta, que apenas pude animarme a disparar. ¡Llevaba tanto tiempo reinando allí, como tirano feudal de ese desierto remoto! [...] Pero yo quería esa ave desesperadamente y se me endureció el corazón” (1893a: 190-191). Disparó, el búho osciló durante un instante sobre la rama y luego bajó aleteando hacia el suelo. Cuando lo alcanzó Hudson, ya era casi de noche y hacía mucho frío, y se encontró delante de un ave enorme, del tamaño de un águila, enfurecida por sus heridas y peligrosa aún, con las garras desplegadas a la espera de una última batalla y meciendo su cuerpo de un lado al otro. Esos ojos encandilados de rabia hechizaron al joven aspirante a naturalista, y aun en 1893, más de veinte años después, cuando volvía a recordar la escena en su libro, “los ojos endragonados de ese búho magallánico me atormentan todavía, y cada vez que los recuerdo, la muerte de esa ave pesa en mi conciencia, aunque por el hecho de haberla matado pude entregarla a la inmortalidad polvorienta que es el destino de cada espécimen disecado en los museos” (1893a: 192-193). Fue un momento epifánico que puso fin, en lo que se colige al menos de la trayectoria de sus libros, a las aventuras de Hudson el cazador.

Las aves perdidas de Gran Bretaña

Un año después de *Idle Days en Patagonia*, en un panfleto escrito para la Society for the Protection of Birds, *Lost British Birds*, Hudson lamentó el hecho de que “las mejores especies de ave son invariablemente las primeras en ser condenadas”, ya que era su propia belleza lo que impulsaba el exterminio (1894: 4)³. Hacía responsables de esta pérdida tanto al deportista *cockney*, que salía con su escopeta a matar por el simple placer de matar, como al coleccionista insaciable, obsesionado por conseguir ejemplares de cada una de las aves más raras de Gran Bretaña antes de que desaparecieran por completo, y al guarda de coto encargado de limpiar las tierras del aristócrata de turno de cualquier ave considerada una amenaza para sus faisanes (1894: 32). Entre las trece especies “perdidas” que Hudson nombró

³ Hudson estuvo vinculado a la Society for the Protection of Birds desde su fundación en Londres en 1889, y fue autor de varios de sus panfletos. Así, durante la primera década de existencia de la Sociedad (y antes de que se convirtiera en la Royal Society for the Protection of Birds), firmó varios panfletos de su colección: *Ospreys, or, Egrets and Aigrettes* (nº. 3, 1891); *Feathered Women* (nº. 10, 1891); *Bird-catching* (nº. 12, 1893); *Lost British Birds* (nº. 14, 1894); y *The Trade in Birds' Feathers* (nº. 28, 1898).

y comentó en su panfleto, al menos diez destacaban por su gran tamaño: la grulla, la espátula, el urogallo, la avutarda, el alca gigante, el avetoro, la avoceta, la aguja colinegra, el aguilucho lagunero y el aguilucho pálido. Al final de su comentario sobre esta última rapaz, Hudson se quejó de que en la campiña tan cuidadosamente cultivada de Inglaterra las únicas aves grandes que quedaban era “la relativamente grande y omnipresente graja, la paloma torcaz, y un par de aves de caza semidomesticadas y protegidas artificialmente” (1894: 9). Casi todas las demás eran “¡cosas terriblemente pequeñas para el ornitólogo!”, y la vida aviar de Inglaterra languidecía por tanto en una “monotonía casi odiosa” (1894: 30).

Lost British Birds desencadenó uno más de los encontronazos dialécticos de Hudson con un académico de prestigio⁴. El ornitólogo y catedrático de historia de la Universidad de Oxford William Warde Fowler –un autor respetado y citado frecuentemente por Hudson– afirmó, en un libro publicado sólo un año después, *Summer Studies of Birds and Books*, que “las lamentaciones” del panfleto de “Mr. Hudson” eran exageradas, y aun reconociendo el valor de la denuncia, confesó que a “los que hemos vivido todas nuestras vidas en Inglaterra” les resultaba profundamente “irritante” que el autor de esos comentarios fuese un extranjero (Warde Fowler, 1895: 56). El catedrático aseguró, por su parte, que prefería pájaros como las lavanderas a esas “aves enormes” que tanto atraían a Hudson, y que “planean solemnemente sobre tu cabeza, pero luego desaparecen detrás de un cerro sin darte tiempo para ajustar los binoculares” (1895: 96-97).

Es cierto que casi todas las aves rememoradas por Hudson de sus días en la pampa son especies imponentes por su tamaño: el flamenco y el ñandú, el cóndor, el búho magallánico y el chajá; o bien por sus colores más deslumbrantes que los de casi cualquier ave europea: los loros, las cotorras, los flamencos mismos, los colibríes y los tordos pechiamarillos; e incluso, aunque sólo excepcionalmente, por su canto, como la calandria real⁵ y también el cardenal,

⁴ Se ha escrito largamente sobre el desencuentro entre Hudson y Darwin, iniciado con la “carta insolente” que envió desde Buenos Aires a la Zoological Society de Londres en febrero de 1870 (Wilson, 1981: 17-22). Ya en Inglaterra, Hudson mantuvo relaciones problemáticas con el secretario de esa Sociedad –que había sido su interlocutor en esos primeros intercambios epistolares–, P. L. Sclater, y más tarde con “el viejo académico conservador” Alfred Newton –“profesor de zoología durante medio siglo en Cambridge, el decano del mundo de la Ornitología, que me fulminaba con la mirada, a mí, un argentino, que se había atrevido a venir a Inglaterra a escribir sobre aves –sobre Aves Inglesas, por más inri” (Hudson, 1925: 312)–. Sus desavenencias con el naturalista John Gould, un prestigioso ilustrador de aves y dueño de una impresionante colección de colibríes disecados, quedaron reflejados tanto en *The Naturalist in La Plata* (Hudson, 1892: 205-210), como en *Idle Days in Patagonia* (1893a: 186).

⁵ En el capítulo “Music and Dancing in Nature”, de *The Naturalist in La Plata*, afirmó Hudson que “la calandria real de la Patagonia” (“the white-banded mocking bird of Patagonia”) superaba a todos los demás pájaros cantores que conocía debido a “la abundancia, la variedad y el brillo de su música”. Más que su

que dio lugar a la primera de las grandes y pequeñas aventuras de *Adventures among Birds*, cuando paseando por una calle del centro de Londres Hudson oyó, asombrado, el canto de un cardenal desde una jaula en un balcón. El sonido lo llevó en volandas, en su imaginación, a una vivencia fundacional con otro cardenal enjaulado, que había conocido y del que se había enamorado en Buenos Aires, y que años más tarde le llegaría inesperadamente, como regalo asignado en el testamento de su dueño fallecido, a la estancia familiar de Chascomús (Hudson, 1913: 12-24)⁶.

En sus primeros libros sobre Inglaterra, es como si Hudson se empeñara en buscar especies igualmente llamativas en los condados que recorría, a pesar de la persecución que había denunciado y que las acosaban, en algunos casos, hasta la extinción. Después del primer gran éxito de su vida como escritor, con la publicación de *The Naturalist in La Plata* en febrero de 1892, Hudson –que llevaba casi dos décadas sin vacaciones decentes– pudo costearse siete semanas de descanso en la campiña, a partir de mediados de mayo de ese año, es decir, en plena primavera: la mejor época para un amante de las aves. De esas semanas surgió el primero de sus ensayos ingleses, *Birds in a Village* (1893b). En el primer capítulo del libro, contaría cómo la vida londinense lo había reducido a tal estado de agotamiento e insensibilidad, que necesitó urgentemente salir de la capital. Después de una hora de viaje en tren y media hora más de caminar entre trigales bordeados de setos y olmos, llegó a un pueblo rural donde no podía haber gozado de una recepción más propicia: “Al acercarme a ese lugar oí, mezclada con otras muchas voces, la del ruiseñor; y ya que la medicina de esa melodía pura y dulce era lo que yo más anhelaba, tuve el gusto de encontrar dónde alojarme en una de las casitas del pueblo y permanecí allí durante varias semanas” (Hudson, 1893b: 8). Una anciana le explicó que los ruiseñores y otras aves eran tan abundantes y domesticados en el pueblo porque nadie los perturbaba (1893b: 9), pero Hudson sabía que las circunstancias no

capacidad de “reproducir con una fidelidad milagrosa los cantos más o menos melodiosos de una veintena de especies: una actuación tan extraña como bella”, deslumbraba “con su propio canto, de carácter divino, que entona con un poderío, un abandono y un júbilo parecidos, aunque muy superiores, al de la alondra ‘que canta a las puertas del cielo’” (Hudson, 1892: 276; la cita proviene de un soneto de Shakespeare). Justo P. Sáenz (h.), en una nota a la primera traducción del libro, identificó la especie erróneamente como *Mimus patagonicus* o calandria mora (Hudson, 1953: 239); un comentario en *Argentine Ornithology* sobre la calandria real (*Mimus triurus*), una especie que Hudson había conocido por primera vez en el Río Negro (Sclater y Hudson, 1888: 9), explica por qué lo llama la calandria “de la Patagonia”.

⁶ Ese capítulo, titulado “Cardinal: The Story of my First Caged Bird”, fue uno de los primeros textos de Hudson publicados en la Argentina. Lo tradujo Jorge Casares (“El cardenal. Historia de mi primer pájaro enjaulado”) y fue incluido por Enrique Espinoza tanto en su revista *Trapalanda, un colectivo porteño* (Hudson, 1932: 48-62), como en un homenaje a Hudson que coordinó en la revista costarricense *Repertorio Americano* (Hudson, 1934: 105-107).

podían ser tan perfectas y no tardó en toparse con media docena de “jóvenes salvajes” que se dedicaban a asaltar sus nidos (1893b: 14).

Hudson tuvo la suerte de encontrarse desde el momento de su llegada con el ruiseñor, el más prestigioso de los pájaros cantores, pero se vio frustrado en sus ganas de ver a dos de las aves más bellas del país, que hoy abundan en Inglaterra, pero eran entonces escasas: el “bello y conspicuo” pito real⁷ y la urraca: “esa ave de hermoso plumaje y mente lúcida, que desde hacía un año no veía” (1893b: 16). Todos los córvidos eran víctimas de la persecución del guardabosque local, pero Hudson tuvo más fortuna con el miembro más hermoso de la familia: el arrendajo⁸. Supo de su presencia en los alrededores del pueblo, porque oía sus reclamos cada día al amanecer. Salió en su busca, y contaba para ella con otro fruto de su éxito editorial: iba armado con unos recién adquiridos prismáticos. Gracias a ese “truco legítimo de la ciencia”, tras quedarse tumbado e inmóvil sobre el suelo del bosque durante una hora o más, pudo observar minuciosamente el comportamiento inquieto y suspicaz del arrendajo, que sacudía las alas y la cola, alzando y bajando su cresta mientras lo vigilaba con furia desde lo alto de un haya. Hudson lo tenía delante como si estuviese “posado sobre un pulgar de la mano”. Era algo, de verdad, maravilloso (1893b: 17-18).

Hudson inició la crónica de esas semanas en la campiña así, dedicándose primero al maestro de los pájaros cantores y luego a una sobreviviente solitaria de las grandes especies perseguidas por los guardabosques. La tercera especie en la que se centró ya era la más deslumbrante de colores que existía en Inglaterra: “Una de las primeras aves de las que salí en busca –quizá la más medicinal de todas las aves que se podían ver– era el martín pescador”. No había ninguno, sin embargo, a orillas del río, aunque parecía en principio un entorno perfecto y se veían muchos pececillos en el agua. Hudson tuvo que subir por un pequeño afluente para encontrar lo que buscaba. Contemplaba, desde el otro lado del arroyo, un prado de ranúnculos que a la luz del sol semejaba “una ancha extensión de amarillo radiante”, cuando casi desde abajo de sus pies emergió de pronto un martín pescador, que cruzó el arroyo y atravesó como una flecha el prado de ranúnculos. Por algún extraño efecto de la luz se veía más verde que azul:

⁷ El pito real (*Picus viridis*), por la belleza de su plumaje verde y su cabeza y nuca rojas, era una de las especies más codiciadas como adorno en las casas de la época. En la segunda edición de *Birds and Man*, en un capítulo titulado “Something Pretty in a Glass Case”, Hudson escenifica un diálogo imaginario entre un pito real y una ardilla roja, ambos disecados y atrapados en una caja de cristal (1915: 271-281).

⁸ Hudson lo bautizaría, en *Birds and Man*, como “el ave de paraíso británica” (1901: 235).

Jamás había visto un martín pescador en circunstancias tan favorables; volando tan a ras de la planicie floreada que la vibración veloz de sus alas debe de haber rozado los pétalos amarillos, parecía el hijo abandonado de algún distante país tropical. Era un ave de los trópicos, pero dudo que exista en el trópico algo comparable a un prado de ranúnculos, una superficie tan amplia e interrumpida del color más brillante que existe en el mundo natural. (1893b: 20-21)

Algunos instantes después, otro martín pescador trazó el mismo camino, con el mismo efecto deslumbrante que su pareja, pero durante las semanas siguientes Hudson no volvió a verlos ni a ellos ni a otros de su especie. ¿Por qué no había más martines pescadores?, se preguntaba. Un amigo ornitólogo le habló de las secuelas del último invierno, que había sido particularmente duro, pero “esto, y todos los ornitólogos lo saben, es sólo una parte de la verdad”: “La gran cantidad de martines pescadores disecados, tras pantallas de vidrio, que están a la vista en casas de toda índole tanto en la urbe como en la campiña, pero sobre todo en los salones de las casas y tabernas rurales, relatan una historia melancólica” (1893b: 21-22).

Todas las criaturas grandes y pequeñas

*All things bright and beautiful,
All creatures great and small.*

Cecil Frances Alexander

Uno de los programas de radio más longevos del mundo es “Desert Island Discs”, un programa semanal que ha tenido más de tres mil episodios desde que fue emitido por primera vez por la BBC, en plena guerra mundial, el 29 de enero de 1942. Ya en su primera emisión, cada “náufrago” entrevistado debía elegir ocho discos gramofónicos y un libro (aparte de la Biblia y las obras completas de Shakespeare, que recibían todos) para acompañarlo en la isla desierta. La idea del programa surgió de un juego que existía desde tiempos victorianos, cuando familias o grupos de amigos –acostumbrados a novelas de aventuras como *Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe, *Der Schweizerische Robinson* (1812) de Johann Wyss o *L’île mystérieuse* (1875) de Jules Verne– se preguntaban qué cosas llevarían consigo, si les tocara naufragar y contarán con la opción de elegir con qué entretenerse. El comentario despectivo de Warde Fowler sobre las grandes aves de Hudson, que apareció al comienzo de “A Chapter on Wagtails” –un capítulo dedicado, como su título indicaba, a los pájaros llamados en castellano lavanderas–, se inició como si formara parte de ese juego: “Si me viera condenado a vivir en una isla desierta, desearía contar con algunas aves, y no sólo libros, como compañeros”. Entre sus libros elegidos, escogió las novelas de Jane Austen, *The Life of Samuel Johnson* (1791) de James Boswell, *The Vicar of Wakefield* (1766) de Oliver Goldsmith y los *Essays of Elia* (1823, 1833) de Charles Lamb, porque eran libros de los que iba a poder volver a gozar, sin aburrirse, una y otra vez. Las aves que prefería eran del mismo estilo:

Me gustaría contar también con algunas aves dignas de ser gozadas; no esas aves nerviosas que se levantan y huyen en cuanto te ven, ni aves enormes, como las que atraen al Sr. Hudson, que planean solemnemente sobre tu cabeza pero luego desaparecen detrás de un cerro sin darte

tiempo para ajustar los binoculares. Que fuesen, más bien, esos pájaros pequeños que van y vienen indiferentes a tu presencia, distraídos y casi al alcance de tu mano, pasando el tiempo mientras tú te sientas a contemplarlos con ese mismo interés, intacto todavía, que te atrajo hace ya veinte años. Que hubiese sílvidos, colirrojos, papamoscas o, mejor aún, lavanderas. (1895: 96-97)

Era injusta la acusación de Warde Fowler. Hudson no sólo amaba las aves grandes y vistosas. Obligado a acostumbrarse a una naturaleza menos imponente que la argentina y despojada, además, de varias de sus especies más llamativas, se convirtió desde su llegada a Inglaterra en un *traveller in little things*⁹, un viajante de bagatelas fascinado por todas las criaturas, grandes y pequeñas¹⁰, y capaz de descubrir la gracia oculta hasta en las especies más nimias, ignoradas por la gran mayoría de la población y marginadas o sencillamente silenciadas en la historia de las letras británicas. Para alguien que sabía caminar en silencio, con los ojos y oídos abiertos y el olfato al acecho, sin necesidad de mapas o guía alguna, la campiña inglesa era capaz de proveer centenares de pequeñas aventuras. Había sorpresas por todas partes, y en cada instante existía la posibilidad de ver una especie *at its best*, en todo su esplendor, y ese momento, para el amante de la naturaleza, para el naturalista de campo que Hudson era y que quería que fuésemos también sus lectores, se grabaría para siempre en nuestra memoria.

Si hubiese leído *Birds in a Village*, lo habría sabido perfectamente Warde Fowler. Aunque comenzara hablando y lamentándose de la pérdida de las especies más deslumbrantes de la campiña inglesa -la falta de urracas y pitos reales, la escasez del arrendajo y el martín pescador-, el libro está lleno de especies más pequeñas y en principio menos llamativas, entre ellas las propias lavanderas. Hudson escribió, por ejemplo, sobre los ratos que pasaba cerca de

⁹ Así tituló el último libro que publicó en vida, *A Traveller in Little Things* (1921). Ha sido publicado en Buenos Aires, con traducción de Francisco Urriburu, como *Un vendedor de bagatelas* (1946); y en Barcelona, traducido por Carlos Vendrell, como *El viajero de cercanías* (2010).

¹⁰ “All things bright and beautiful,/ All creatures great and small,/ All things wise and wonderful,/ The Lord God made them all”. Escrito por la poeta Cecil Frances Alexander en 1848, este himno anglicano se divulgó ampliamente a partir de 1887 en una versión musicalizada por William Henry Monk, y es inevitable que lo haya conocido Hudson en esos años. Celebraba el hecho de que Dios creó “todas las cosas bellas y brillantes,/ todas las criaturas grandes y pequeñas,/ todas las cosas sabias y maravillosas”: así rezaba el estribillo. La estrofa inicial elogiaba el esmero divino hasta en los seres vivos más pequeños: “Each little flower that opens,/ Each little bird that sings,/ He made their glowing colours,/ He made their tiny wings” (Cada pequeña flor que se abre,/ cada pequeño pájaro que canta,/ Él hizo sus colores radiantes,/ Él hizo sus alas diminutas) (Alexander, 1852: 27). El himno sigue siendo ampliamente conocido en el Reino Unido y el segundo verso del estribillo sirvió como título para una novela de 1973 del muy popular escritor y veterinario James Herriot y para dos series de televisión basadas en ella (BBC, 1978-1990; Channel 5, 2020-presente).

un estanque invadido de juncos y con una maraña de zarzas y aliagas rodeando la orilla: “Eran tantas las especies de ave que llegaron para beber y bañarse allí que el estanque se convirtió en un sitio predilecto para mí. Una tarde, poco antes de la puesta del sol, mientras yo seguía remoloneando en la orilla, una lavandera blanca salió disparada de la maleza cercana a mis pies y avanzó sobre el césped aleteando, como si estuviese herida, durante unas diez o doce yardas antes de echarse a volar” (1893: 63). Poco después, al acercarse al nido de un escribano palustre (*Emberiza schoeniclus*), vio el mismo comportamiento en un pájaro adulto al que había interrumpido mientras daba de comer a sus polluelos: cayó aleteando desde el nido y se arrastró por el suelo antes de levantar el vuelo y adentrarse de nuevo en la maleza. Viendo en el ser humano una amenaza, estos pájaros simulaban enfermedad para que el potencial depredador centrara sus atenciones en ellos y se alejara en consecuencia de sus nidos. “¡Qué maravilloso es” –sentenciaba Hudson– “que este instinto paternal, tan bello en su simulacro perfecto de las acciones de un ave que ha perdido la capacidad de volar, pueda encontrarse en tantas especies distintas!” (1893: 63-64).

En el mismo año en que Warde Fowler publicó sus *Summer Studies of Birds and Books*, Hudson escribió páginas cargadas de fascinación sobre las tres especies de lavandera que se encuentran en las Islas Británicas –la blanca, la cascadeña y la boyera–, y particularmente sobre las dos primeras, que eran especies residentes. A la más conocida de ellas, la lavandera blanca (pied wagtail, *Motacilla alba*, o en tiempos de Hudson *Motacilla lugubris*), la describió con minuciosa precisión de observador atento como una criatura “que actúa según el impulso del momento y es tan inestable como el vilano de un cardo. Corre, se detiene y sacude la cola; durante dos o tres instantes busca comida; luego persigue un insecto, y se detiene otra vez a la espera de un nuevo impulso” (Hudson, 1895: 105); y en cuanto a la lavandera cascadeña (grey wagtail, *Motacilla cinerea*, entonces *Motacilla melanope*), comentó que los distintos colores de su plumaje “son tan suaves y delicados, se armonizan entre sí tan admirablemente, y muestran en el negro aterciopelado de la garganta y el puro amarillo canario del pecho un contraste tan delicado que el efecto es bellísimo, y sus colores agradan, tal vez, más que los de cualquier otra ave británica” (1895: 106).

En un libro posterior, *Afoot in England*, Hudson volvería a celebrar y a comparar la gracia de ambas especies residentes de lavandera después de observarlas en el pueblo de Exford, en el sudoeste de Inglaterra. Aprovechó la reflexión para rebelarse contra la fealdad de la palabra *wagtail* (literalmente, mece-cola), con la que se nombra al género *Motacilla* en inglés:

El pueblo no es pintoresco. Su único encanto duradero es el río veloz que lo atraviesa, haciendo música sobre su ancho cauce de arena y guijarros. Aletean las lavanderas por aquí y por allá, encontrando en la corriente pequeñas piedras semi-descubiertas donde posarse. Tanto las blancas como las cascadeñas se encuentran en ese lugar, y al verlas juntas uno desearía naturalmente resolver de una vez la vieja pregunta sobre cuál es la más bella y grácil de las dos. Ahora parecería ser esta, ahora la otra, pero la cascadeña, con su plumaje tan fino de grises y amarillos, tiene una cola más larga y sabe manejarla con más elegancia. Es de igual importancia para ella su cola, como ornamento y medio de expresar sus emociones, que un abanico lo es para la señora española más coqueta. Es inevitable pensar en estas exquisitas criaturas emplumadas como hembras. Parecería ser la cosa más natural llamarlas “mujeres-

pájaro” [*ladybird*], si no estuviera ya registrado ese nombre para un diminuto y rechoncho escarabajo, de color rojinegro y con forma de tortuga (Hudson, 1909: 262-263)¹¹.

No hay argumento posible. No se trataba de una disyuntiva, de contraponer la lavandera a un ave enorme. Eran igualmente asombrosas las dos; igualmente capaces de proporcionar, a cualquier persona atenta, una aventura.

Aventuras con pequeños pájaros pardos

Desde los párrafos iniciales de su libro de 1913 *Adventures among Birds*, Hudson quiso marcar su territorio como naturalista de campo. Los lectores potenciales debían saber que no encontrarían allí las aventuras del cazador intrépido dispuesto a desafiar la intemperie en busca de patos silvestres, a pasar noches enteras en una gélida embarcación, y a no celebrar la “conclusión gloriosa” de su pequeña aventura hasta conseguir incrustar un millar de perdigones de plomo en la piel de ánades, cercetas, porrones y silbones; y dispuesto, además, a continuar así, año tras año, hasta que los ríos y los lagos de Inglaterra quedaran limpios de patos. No, decía Hudson. Su libro no era el relato de un deportista o un cazador, por mucho que lo sugiriera el título. Tendría que llamarse, en realidad, “Las aventuras de un alma, sensible o no, entre las obras maestras emplumadas de la creación”. Eran aventuras más de verdad, más de entraña, que las de cualquier cazador.

De particular interés me parece la fascinación de Hudson por la familia de los sílvidos, pequeños pájaros casi siempre de color anodino, tremendamente huidizos y difíciles de ver. Estudios recientes sobre la genética de las aves han separado las *Sylviidae* de las *Acrocephalidae*, las *Phylloscopidae*, las *Locustellidae* y las *Regulidae*, pero para los propósitos de este estudio y con cierta laxitud las juntaré, o juntaré, más bien, las catorce especies nombradas como tal por Hudson, así como él mismo las juntó en su manual *British Birds* (1895) y como sigue juntándolas el British Trust for Ornithology, <https://www.bto.org/understanding-birds/bird-orders-and-families-world/sylviidae-warblers>. Todas ellas -con la excepción, a veces, del reyezuelo o goldcrest- se llaman en inglés *warblers*, un sustantivo procedente de la palabra *warble*, que se emplea como verbo y sustantivo y en inglés suele referirse a un tipo de canto que es “suave, continuo y ‘legato’” - *soft, continuous, and ‘legato’*-. Así lo definía Warde Fowler, en su libro *A Year with the Birds*, donde lo consideraba un vocablo problemático, porque por una parte se refería con él a un grupo de pájaros “a menudo sumamente difíciles de distinguir”, pero por otra parte porque

¹¹ Con ese escarabajo o *ladybird* Hudson se refería, evidentemente, al coccinélido, el coleóptero conocido como mariquita en España, catarina en México, chinita en Chile y vaquita de San Antonio o de San Andrés en Argentina.

varias de las especies así denominadas no cantaban de manera suave, continua y “legato”. Para ilustrar su noción de la palabra citó un par de versos del *Paradise Lost* de John Milton - “Fountains, and ye that *warble as ye flow*/ melodious murmurs, warbling tune his praise”; la cursiva es de Warde Fowler-, para equiparar el *warble* de los pájaros con el murmullo constante y melodioso con el que un manantial o arroyo alaba a Dios (1886: 121)¹².

En las páginas que siguen estudiaré los modos de presentar las catorce especies de sílvido contempladas por Hudson, principalmente por dos motivos. Por un lado, son aves en las que nadie se suele fijar. Son difíciles de ver y difíciles de identificar. Casi todas pertenecen a lo que los pajareros anglosajones llaman LBBs, *little brown birds*, o LBJs, *little brown jobs*, y los pajareros españoles PPPs, pequeños pájaros pardos; se esconden, además, entre los arbustos o los juncos, y en algunos casos se parecen mucho y se confunden entre sí. Son, en resumen, lo contrario de esas aves enormes y llamativas que supuestamente fascinaban a Mr. Hudson, y al estudiar la manera en que este los aborda, o en que vive con ellos sus aventuras, veremos la mirada asombrada con la que presenta y celebra cada detalle mínimo, su atención a todas las singularidades de su comportamiento, las metáforas reveladoras que emplea, su gusto por las anécdotas y la militancia apasionada del escritor conservacionista. Por otra parte, precisamente por la naturaleza esquiva de los sílvidos, la mejor forma de distinguirlos es por medio de sus cantos y reclamos, y allí entra en juego el oído prodigioso de Hudson, que en *Birds and Man* se jactaba de poseer un recuerdo sonoro, totalmente nítido, de nada menos que 154 de las 226 especies argentinas y uruguayas que había llegado a conocer durante su infancia y su juventud (1901: 30-32). Llevaba, a la hora de publicar ese libro, veintisiete años fuera de su país natal.

Nombre habitual en castellano peninsular	Nombre en inglés (con variantes de Hudson entre paréntesis)	Nombre en latín (con las variantes epocales empleadas por Hudson entre paréntesis)
1. Curruca zarcera	Whitethroat	<i>Sylvia communis</i> (<i>Sylvia cinerea</i>)
2. Curruca	Lesser Whitethroat	<i>Sylvia curruca</i>

¹² En la traducción clásica, aunque no del todo precisa, de Juan de Escoiquiz, la versión es la siguiente: “Claros fuentes,/ Cristalinos arroyos, que corriendo,/ Vuestras ondas le vayan bendiciendo/ Con sus gratos murmullos” (Milton, 1812: 106-107).

Las aventuras entre aves de Hudson

zarcerilla			
3. Curruca capiroxada	Curruca	Blackcap	<i>Sylvia atricapilla</i>
4. mosquitera	Curruca	Garden Warbler	<i>Sylvia hortensis (Sylvia borin)</i>
5. Curruca rabilarga		Dartford Warbler (Furze-Wren)	<i>Sylvia undata (Melizophilus undatus)</i>
6. Reyzeuelo sencillo	Reyzeuelo	Goldcrest (Golden-crested Wren)	<i>Regulus regulus (Regulus cristatus)</i>
7. Carricero común		Reed Warbler	<i>Acrocephalus scirpaceus</i> <i>(Acrocephalus streperus)</i>
8. Carricerín común		Sedge Warbler	<i>Acrocephalus schoenobaenus</i> <i>(Acrocephalus phragmitis)</i>
9. Carricero políglota	Carricero	Marsh Warbler	<i>Acrocephalus palustris</i>
10. Buscarla pintoja		Grasshopper Warbler	<i>Locustella naevia</i>
11. Buscarla unicolor	Buscarla	Savi's Warbler (Reelbird/Red Night-reeler)	<i>Locustella luscinioides</i>
12. Mosquitero silbador	Mosquitero	Wood Warbler (Wood-Wren)	<i>Phylloscopus sibilatrix</i>
13. Mosquitero musical	Mosquitero	Willow Warbler (Willow-Wren)	<i>Phylloscopus trochilus</i>

14. común	Mosquitero	Chiffchaff	<i>Phylloscopus collybita</i> (<i>Phylloscopus rufus</i>)
--------------	------------	------------	---

1. Curruca zarcera (Whitethroat); 2. Curruca zarcerilla (Lesser Whitethroat)



Al hablar de la curruca zarcera en *British Birds* (1895), Hudson reconoció que este sílvido, uno de los pájaros más comunes del país, no destacaba entre las especies dotadas de su familia en cuestiones de canto. Pero en ese libro lo celebraba por encima de la que se nombra, tanto en inglés como en castellano, como su hermana menor (curruca zarcerilla, *Lesser Whitethroat*¹³), ya que esta le parecía inferior no sólo por su tamaño -la diferencia era mínima-, sino también y sobre todo por su menor importancia, su mayor escasez, sus colores más opacos, su mayor timidez y su “canto trivial”, en el que “no hay nada que atraiga la atención” (1895: 64-66). Es evidente que aún no conocía bien la curruca zarcerilla, pero en *Hampshire Days* (1903), el segundo de sus ensayos ingleses, ya la había visto “en una abundancia extraordinaria” durante el verano de 1900 –con una nueva pareja cada quince o veinte metros de distancia en los setos– y ya prefería llamarla no “*Lesser Whitethroat*”, sino “*Better Whitethroat*” -no zarcerilla, sino zarcera mejor-, debido a la superior belleza de su canto, que se parecía a la “constante y suave melodía [*warble*] de la curruca capirotada, pero con más variedad”. Llama la atención que Hudson, con su oído tan afinado, no haya dejado de matizar lo sentenciado: la curruca zarcerilla contaba no sólo con ese canto, sino también con otro sonido, que era único en el mundo de los pájaros británicos, una nota “parecida a la estridencia plateada del saltamontes verde, excesivamente aguda, y sin embargo musical”: “La curruca emite esta misma nota aguda y plateada cuando se enfada o pelea, pero resulta entonces más fuerte y menos musical y se asemeja a los sonidos más agudos de los murciélagos o de otros pequeños mamíferos cuando se excitan” (1903: 65-66). Su mirada atenta dejó constancia, a continuación, de una aventura, una pelea singular que presencié entre estas dos especies de curruca:

¹³ *British Birds*, ilustración de G. E. Lodge (1895: 64), curruca zarcera o *Whitethroat*.

Me senté un día al lado de un seto, cerca de un roble viejo y medio muerto que se elevaba entre las espinas y las zarzas, y junto al roble se movía y cantaba una curruca zarcerilla. A cierta distancia, entre las aliagas, cantaba también una curruca zarcera, que saltaba aleteando de arbusto en arbusto, levantándose en el aire a intervalos y volviendo en seguida a la aliaga; en una ocasión se elevó aún más en el aire para entonar al vuelo su confusa y enloquecida melodía, y luego se desvió hacia el seto, donde se posó, cantando todavía, sobre una rama muerta del roble. En ese instante, saltó al aire la curruca zarcerilla y atacó a la otra con una furia desmedida, irguiéndose a una altura de sesenta o noventa centímetros y arremetiendo contra ella una y otra vez, como si fuese un cernícalo o un alcotán diminuto; y cada vez que caía sobre ella, la otra agachaba la cabeza y se apegaba a la rama, pero luego volvía a erigirse, con la cresta erecta y la garganta hinchada, sin dejar de proferir su canto desafiante. A lo largo de esta escena el pájaro atacante emitía su penetrante y metálico reclamo rabioso, a toda velocidad y sin descanso, como si fuese el chasquido de una maquinaria de acero.

¡Ay! Me temo que jamás volveré a ver la curruca zarcerilla, tal como la vi en ese año privilegiado: en 1901 ya no vino, o vino en muy pequeñas cantidades; y fue así también en la primavera de 1902 (1903: 66-67)¹⁴.



FIG. 28.—BLACKCAP. $\frac{1}{3}$ natural size.

3. Curruca capirotada (Blackcap)¹⁵

El más estimado de los sílvidos como pájaro cantor suele ser la curruca capirotada, que Hudson menciona en casi todos sus libros ingleses, celebrando siempre lo que veía como la cualidad humana de su canto. Destaca particularmente una anécdota o aventura que cuenta en *Birds and Man* (1901). Mientras participaba en una visita guiada por los jardines de un castillo en el oeste de Inglaterra, Hudson oyó entre el follaje una “melodía libre y torrencial que alentaba el corazón” y exclamó:

¹⁴ En *Afoot in England* Hudson defendió su derecho de deleitarse no sólo con el canto de pájaros, como la alondra y el ruiseñor, sino también con el de “vocalistas más modestos” como el acentor, el escribano cerillo y la curruca zarcerilla: “Estos son muy entrañables para mí: sus melodías no me resultan triviales; tienen una distinción menor pero propia y yo no los echaría del coro. Los literatos se reirán de mí y dirán que mis escritos no son más que el ejercicio de un ocioso, pero dormiré mejor esta noche después de descargar este deber antiguo que llevaba desde hace tiempo sobre mi conciencia” (1909: 289-290).

¹⁵ *British Birds*, ilustración de G. E. Lodge (1895: 67), curruca capirotada o *Blackcap*.

“¡Qué bien canta esa capiroxada!” La guía, una anciana robusta “tan corta de aliento como explosiva de temperamento”, lo corrigió, diciéndole que era un mirlo, pero reconociendo que cantaba muy bien. No existían, le explicó, currucas capiroxadas en esa parte de Inglaterra. Cuando Hudson insistió, la mujer se enfadó con él y guardó silencio durante varios minutos, pero luego se le acercó y reconoció su error. A ella le habían dicho que no había currucas capiroxadas en esa zona, pero siempre le había extrañado que los mirlos del jardín tuviesen dos cantos diferentes, y lamentaba mucho no haberse dado cuenta antes de su error. Cuando Hudson le preguntó por qué, explicó que hacía algunos días una joven estadounidense, de visita por el castillo, le había contado que viajaba por Inglaterra con la ilusión de conocer el canto de la curruca capiroxada. “En fin –le comentó- cuando tuve que informarle que no había capiroxadas sufrió una gran decepción; y sin embargo, caballero, si lo que Ud. me dice es correcto, ¡el pájaro estaba cantando aquí a su lado mientras yo conversaba con ella!”. Hudson comparó, a continuación, la ilusión de esa joven con la que él mismo había sentido al llegar por primera vez a Inglaterra, con el canto de los pájaros de Europa ya instalados en su imaginación gracias a sus lecturas poéticas:

¡Pobre joven estadounidense! Me habría encantado saber quién era el autor que había incendiado su cerebro con ganas de oír el canto de la curruca capiroxada: una voz dorada en el oído de la imaginación, mientras que las más delicadas de su propio país no eran más que plateadas. Pienso en mi propio caso, en cuando era niño y oí por primera vez los trinos de ese mismo pájaro en los versos de algún poema. Tuvieron que pasar muchos años para que los oyera en persona, en un atardecer luminoso de comienzos de mayo en la Abadía de Netley. El canto era bello, ¡pero qué distinto al que había imaginado! En esos tiempos, sin embargo, el nombre del autor ya se me había escurrido de la memoria y lo único que permanecía (y aún persiste) era la vaga impresión de que era un poeta que tuvo su momento de esplendor y gran renombre a inicios del siglo XIX, pero que ese renombre que él (o ella) logró en vida, así como su obra, habían caído después en el olvido (1901: 101-103)¹⁶.

4. Curruca mosquitera (Garden Warbler)

A la curruca mosquitera Hudson presta menos atención que a los anteriores, aunque la menciona de paso en *Birds in London* (1898), *Birds and Man* (1901) -donde rescata el nombre vernáculo *prettychap*, muchacho guapo (1901: 302)- *Hampshire Days* (1903), *Adventures among Birds* (1913) and *Birds in Town and Village* (1919). Su atributo más destacado era su

¹⁶ En una nota a mi traducción y edición de *Birds and Man* sugiero que el poeta al que alude Hudson puede ser el “peasant poet” o poeta campesino John Clare, un romántico que desapareció del canon durante el siglo XIX, pero comenzó a ser rescatado a comienzos del XX y ha sido muy celebrado en décadas recientes. En su soneto “The March Nightingale” (“El ruiseñor de marzo”), Clare habla de un niño que abandona todas sus travesuras y sus cantos cuando oye la voz de un pájaro (una curruca capiroxada) que confunde con un ruiseñor, aun sabiendo que este no llega a Inglaterra hasta bien entrado el mes de abril (Hudson, 2022: 244).

canto, que en *British Birds* (1895) Hudson cotejaba y contrastaba con el de la curruca capirotada. Era insólito, afirmaba, que dos pájaros se asemejaran tanto en su canto: “El de la curruca mosquitera es como una imitación del de la capirotada, pero es menos potente y menos brillante; algunas de sus notas poseen la misma cualidad luminosa, pura y musical, pero se entonan de manera apresurada, y en ráfagas más breves y fragmentadas, por decirlo de algún modo”. Para compensar esta inferioridad, la curruca mosquitera ofrecía, sin embargo, una mayor cantidad. Oculta entre las hojas, “entonará su melodía acelerada y modulada a veces a lo largo de varios minutos sin descanso” (1895: 70).

5. Curruca rabilarga (Dartford Warbler)



A la curruca rabilarga¹⁷, la menos común de la familia, Hudson dedicó las páginas iniciales y luego un capítulo entero de *Birds and Man* (1901). Se trata de una especie que sigue siendo hoy un emblema del conservacionismo británico, y su escasez cada vez más acentuada, su naturaleza esquiva y su aspecto singular -la cola larga, el color pizarra de su plumaje, el rojo castaño de su pecho, en contraste con los colores anodinos de todas las demás especies, con las solitarias excepciones de la breve capucha, negra en los machos y castaña de las hembras, de la capirotada o la cabeza ígnea del reyezuelo- hicieron de ella una presa codiciada para los coleccionistas de aves disecadas, que abundaban en tiempos de Hudson y a los que detestaba con fervor. *Birds and Man* (1901) comienza con el contraste entre la experiencia de ver las curruca rabilargas en todo su esplendor, en un día de sol

primaveral, y la apariencia de unos “pajarillos viejos, polvorientos y muertos, dolorosos de ver” detrás de una vitrina en el *Booth Museum* de Brighton: “Eran un libelo contra la naturaleza y un insulto a la inteligencia humana” (1901: 6).

El capítulo “The Dartford Warbler”, dedicado a la curruca rabilarga o “Furze Wren” (chochín de la aliaga) -como le gustaba llamarla a Hudson-, rememora las numerosas búsquedas, casi siempre infructuosas, que había realizado para avistarla. Estaba al borde de la desaparición, a raíz de la depredación promovida por los coleccionistas privados. Hudson ilustró esta situación con la anécdota de su encuentro en una taberna con un hombre de

¹⁷ *Birds and Man* (2ª ed.: 1915), ilustración de *Furze Wren* o curruca rabilarga.

aspecto repugnante, “un animal humano al que habría sido mejor evitar”, que se dedicaba a la compra de aves raras, vivas o disecadas. Simulando amabilidad, Hudson le preguntó acerca de las curruca rabilargas, y el hombre le contó que no muy lejos de allí había descubierto varias parejas y en los próximos días iba a salir a atraparlas. Cuando Hudson le recordó que había una orden de protección que impedía su caza, el hombre soltó una carcajada (1901: 244-246). En otra anécdota, habló de un paseo con un ornitólogo prestigioso que estaba desolado porque ya no quedaba ninguna curruca rabilarga en su condado. Poco después, en ese mismo paseo, un ornitólogo más joven se le acercó para decir que en realidad sí quedaban algunas, pero se veían obligados a esconder su existencia al maestro, porque este sentía tanto orgullo por la avifauna local, que sería incapaz de controlarse, se lo diría a todo el mundo y en un abrir y cerrar de ojos algún enviado de los coleccionistas los mataría (1901: 249-251). Hudson empleaba el ejemplo de esta especie para ilustrar la tragedia de la desaparición de tantas aves británicas, y para proponer -en vista de la lentitud de reacción exasperante de las autoridades- una solución urgente: “No podemos darnos el lujo de esperar. Ya nos hemos empobrecido demasiado con la pérdida de especies y estamos perdiendo más cada año. Queremos un remedio ahora mismo” (1901: 255). Su solución era promulgar una ley que prohibiera toda colección privada de aves británicas. Era la única oportunidad, afirmaba -con una cita de Samuel Taylor Coleridge-, de que “no nos veamos obligados a decir de la curruca rabilarga, y de otras veinte especies que he nombrado en este capítulo, lo que hemos debido decir de tantas especies ya desaparecidas: ‘Lo bello se desvanece y no vuelve jamás’” (1901: 263).

6. Reyzeuelo sencillo (Goldcrest)

Al reyzeuelo sencillo, la más pequeña de las aves británicas, Hudson se refirió en varios de sus libros. En *Birds and Man* captó uno con su precisión metafórica habitual¹⁸: suspendido inmóvil en el aire, con las alas vibrando a toda velocidad, era como “una polilla esfinge verde, con la cresta abierta y aplanada como si fuese un disco o escudo llameante sobre su cabeza” (1901: 247-248). Más sugerente es lo escrito en *Hampshire Days*: “Cada día, cuando el pájaro diminuto se encontraba sentado sobre los huevos en su nido, una cuna pequeña colgada de la rama de un tejo, yo apartaba la rama para que gozáramos todos del espectáculo del pajarillo de las hadas sobre ese nido de hadas que se negaba a abandonar” (1903: 7). El reyzeuelo le

¹⁸ “¿Cómo, pues, transmitir por escrito la impresión de lo que un pájaro es? Tal ha sido la empresa de Hudson, y tal el milagro. Necesariamente ha de recurrir a comparaciones e imágenes, ¿pues tiene el lenguaje corriente de hablar, formas de decir adecuadas a la expresión de esas ideas y sentimientos? Los naturalistas que rehúyen el lenguaje figurado no pueden reflejar sino la ceniza de ese incendio de vida que flamea en los pájaros. La poesía no es tanto una necesidad expresiva de quien comprende la belleza, cuanto una necesidad de ser exacto y fidedigno” (Martínez Estrada, 2001: 260).

servía a Hudson para ilustrar dos modos distintos en que el ser humano se interrelaciona con las aves. En *Adventures among Birds*, contó la historia de un hospital irlandés donde había entrado un reyezuelo por la ventana y se había hecho amigo de los pacientes, posándose sobre sus dedos y aceptando que lo alimentaran; después de un día y una noche pasados en su compañía, emprendió el vuelo, pero “los hombres anhelan su regreso, porque nada los ha agradado y refrescado e iluminado tanto, en sus horas de tedio, como la compañía de ese pájaro” (1913: 8). El otro modo de relación se presentaba en uno de sus habituales ataques a los italianos, un pueblo que había llevado consigo, al Río de la Plata, su costumbre insaciable de perseguir a las aves: para un italiano, afirmaba, “incluso el minúsculo reyezuelo se contempla simplemente como un bocado en potencia para sazonar un plato de polenta”. De esa manera, al menos, añadió con sorna, “muestran un interés muy señalado por las aves, y en cierto sentido las ‘quieren’” (1893: 52).

7. Carricero común (Reed Warbler)

Los tres sílvidos del género *Acrocephalus* -literalmente, de cabeza puntiaguda- importaban a Hudson principalmente por su canto. El carricero común ya aparecía en *Birds in a Village* (1893: 23-26), pero más de dos décadas después, al reescribir el capítulo inicial de ese libro en *Birds in Town and Village* (1919), Hudson rectificó, cambiando su nombre por el de una especie hermana, el carricerín común. El carricero común, para Hudson, era “uno de nuestros pájaros cantores más dulces” (1901: 182), y en *Afoot in England* (1909) rememoró un encuentro epifánico junto a un río en el pueblo de Branscombe, en el condado de Devon. Era de noche, todo el mundo se había acostado, y Hudson salió de la casa donde se alojaba para sentarse en la orilla, “escuchando a solas la sonoridad líquida y melodiosa de las ondas veloces del arroyuelo; esa música dulce y tenue de la corriente que llevaba oyendo desde hace milenios el carricero común, y a la que este luchó por imitar hasta que el flujo ondeante de su canto quedase perfecto” (1909: 206).

8. Carricerín común (Sedge Warbler)¹⁹



FIG. 30.—SEDFE-WARBLER. $\frac{1}{3}$ natural size.

El carricerín común tuvo una presentación infausta en la obra de Hudson, en *Idle Days in Patagonia* (1893a). Sirvió, como contrapunto, para atacar el oído supuestamente mediocre de Darwin, que se había atrevido a comparar el canto de este sélvido con el de la calandria (*Mimus Saturninus*), que para Hudson estaba entre los “mejores melodistas” de la pampa rioplatense. Al comentario de Darwin —“*its song resembled that of the sedge warbler!*”— lo cerró con un punto de exclamación tan cargado de rabia como de

resentimiento (1893a: 146). Sin embargo, como acabamos de ver, en ese mismo año Hudson confundía el carricerín con el carricero común, ¡y al hacerlo hasta comparaba su canto con el de la calandria! (1893b: 25). Este pájaro que aún no sabía identificar era, en *Birds in a Village* (1893b) —y luego, con el nombre correcto, en *Birds in Town and Village* (1919)—, una “pequeña fantasía emplumada, el duendecillo cautivante de los juncos”, y Hudson describió con intrincado detalle su canto: no brotaba en un chorro de surtidor como el canto de un petirrojo, sino que fluía suavemente como la corriente de un pequeño arroyo con fondo de piedrecillas, y los numerosos cantores, ocultos entre los juncos, “eran pequeños y maravillosos trovadores humanos, que ejecutaban su música con instrumentos diversos, algunos desconocidos pero otros familiares -huesos y castañuelas, zanfonas minúsculas, piccolos, banjos, tambores y zampoñas-, un extraño popurrí” (1893b: 24; 1919: 31). Hudson debe de haberse dado cuenta en seguida del error de identificación que había cometido en *Birds in a Village*²⁰ (1893b), y unos pocos años más tarde estaba ya convertido en un defensor

¹⁹ *British Birds*, ilustración de G. E. Lodge (1895: 80), carricerín común o *Sedge Warbler*.

²⁰ A diferencia de la reacción entusiasta a los dos ensayos argentinos de Hudson, *The Naturalist in La Plata* (1892) y *Idle Days in Patagonia* (1893a), los críticos no tardaron en vapulear su atrevimiento y sus supuestos errores en cuanto comenzó a escribir sobre aves británicas. Un reseñista anónimo de *The National Observer*

fervoroso del carricerín común en los parques londinenses. “Sería fácil”, aseguraba, “crear un lugar en cada parque de Londres para que se criaran los carricerines comunes”, y al comentar el estado lamentable, desprovisto de juncos, de los estanques de Hampstead Heath, se imaginó otro paisaje: “Es muy posible que un carricerín común, tocando sin pausa ese pequeño y delicioso organillo que posee, dé más placer que la monótona pareja de cisnes vulgares que se ven sobre algunos de los estanques, aparentemente muy incómodos, demasiado grandes para esas breves superficies de agua, sin armonía alguna con su entorno” (1898: 182).

9. Carricero políglota (Marsh Warbler)

En *British Birds*, el carricero políglota se incluía como *straggler*, una especie que llegaba a Gran Bretaña de manera ocasional y por error (1895: 82). Sólo en los años siguientes se dieron cuenta los ornitólogos de que, a pesar de su escasez, era un ave que residía y se criaba en las Islas, y era lo más parecido a la familia de los mímidos (calandrias, tencas, sinsontes o cenzontles, de acuerdo con el país) que había en el Viejo Mundo. En *Adventures among Birds* (1913), Hudson dedicó su capítulo “The Marsh Warbler’s Music” a contar su primer contacto con este pájaro, cuando a finales de la primavera, en el condado de Gloucestershire, alguien lo sorprendió hablando de una colonia de carriceros políglotas y aceptó llevarlo para conocerla:

Me dejó en el lugar para que experimentara el placer más singular que existe para un buscador de aves, el de ir conociendo e intimando hora tras hora y cada vez más con una especie nueva. En este caso no era más que un pequeño pájaro pardo y anodino, más anodino que el ruiseñor y apenas distinguible, aun en la mano, del más familiar carricero común, y sin embargo, en virtud de su melodía, poseedor de un lustre que supera a nuestro martín pescador azul o bien a cualquier ave brillante de los trópicos (1913: 205).

Había en el lugar unas setenta parejas, y Hudson, después de escucharlas, pudo clasificar el carricero políglota entre los cuatro cantores más grandes del país, después del mirlo, el ruiseñor y la alondra, estimándolo al mismo nivel de ellos en la dulzura de su voz, pero en la variedad de su canto superior (1913: 207). Era, al igual que las calandrias argentinas, un gran imitador. Estaba hecho su canto de múltiples préstamos, todos ellos despojados de los sonidos más ásperos y guturales del original, y Hudson reconoció imitaciones prodigiosas de al menos una veintena de especies distintas (1913: 209). En un libro posterior, *Birds in Town and Village* (1919), ya afirmaba sin tapujos que el carricero políglota era “nuestra calandria perfecta, nuestro único mimo profesional” (1919: 74).

atacó la “simple ignorancia” mostrada por Hudson en *Birds in a Village* (1893b), con sus ataques a ornitólogos y coleccionistas británicos, y estimó (con una exageración conscientemente grosera) que el autor de origen argentino había identificado mal a las dos terceras partes de las aves inglesas que mencionó en el libro (Tomalin, 1982: 158-159).

10. Buscarla pintoja (Grasshopper Warbler); 11. Buscarla unicolor (Savi's Warbler)

Tan difíciles son los sílvidos de ver por su naturaleza esquiva y tan difíciles de identificar por su pequeñez, su plumaje pardo, su aspecto anodino, que no es casual que los dos pájaros siguientes -ambos de la familia *Locustella*, nombrada así por su canto parecido al chirrido de los grillos y las langostas- se llamen en castellano “buscarlas”. Cantan y no se los ve, por mucho que se los busque. En el caso de la buscarla pintoja, según Hudson su canto era único en el mundo de las aves (1901: 97), y en armonía total con el sonido del viento en los pinares (1903: 292). En cuanto a la buscarla unicolor, Hudson la incluyó como la más pequeña de las trece especies de *Lost British Birds* (1894), afirmando que se criaba en los humedales de Norfolk hasta aproximadamente 1849 y luego se extinguió (1894: 18-19).

12. Mosquitero silbador (Wood Warbler)

El mosquitero común, el mosquitero musical y el mosquitero silbador se parecen tanto y son tan difíciles de observar, que hasta Gilbert White y su *Natural History of Selborne*, de 1789, se pensaba que eran un mismo pájaro²¹. Hudson dedica un capítulo al primero de ellos en *A Traveller in Little Things* (1921), y sendos capítulos en *Birds and Man* (1901) a los otros dos. En “A Wood Wren at Wells” (“Un mosquitero silbador en Wells”) encontró en un bosque a un ejemplar recién llegado de su migración, visible porque cazaba todavía cerca del suelo -con el paso de las semanas se refugia en las copas de los árboles- y las ramas seguían escasas de follaje. Pudo verlo en todo su esplendor y la aventura fue excepcional: resulta que el pequeño mosquitero mostraba tanta curiosidad por Hudson como la que este sentía por él. Hasta entonces, nadie en Inglaterra se había interesado por este pequeño pájaro (1901: 92-93). Si lo hubiesen cantado Chaucer o Shakespeare, o hasta Francis Willughby, padre de la ornitología en las Islas, todo el mundo lo admiraría (1901: 101); y si más tarde Gilbert White, el primero en identificarlo, no hubiese dicho que cantaba como un saltamontes (1901: 99), es probable que alguien habría llegado a celebrar su canto. El único que había sabido hacerlo era el naturalista estadounidense John Burroughs, que viajó a Gran Bretaña para oír ruiseñores, currucas capirotadas, zorzales charlos y mirlos, pero descubrió el mosquitero silbador y quedó

²¹ Después de señalar la diferencia de sus cantos, White escribió así al naturalista Thomas Pennant, en una carta del 17 de agosto de 1768: “Tengo ejemplares de los tres tipos expuestos delante de mí, y puedo discernir que hay tres gradaciones de tamaño y que el más pequeño tiene patas negras [mosquitero común], mientras que las patas de los otros dos [mosquitero musical y mosquitero silbador] son de color carne. El pájaro más amarillento de los tres es con diferencia el más grande y las puntas de sus plumas primarias y secundarias son blancas [mosquitero silbador], lo que no sucede con las otras. Este último sólo frecuenta las copas de los árboles en los grandes hayedos” (1893: 81-82).

asombrado porque nadie se había percatado de que era uno de los “vocalistas más deleitosos” del país; atribuyó la negligencia a la tosquedad de los oídos británicos (1901: 99-100). Hudson, otro “forastero”, también sabía apreciarlo, aun reconociendo que no llegaba a la altura de los pájaros cantores más celebrados. ¿Cómo podía explicar, entonces, el hechizo que sentía en su presencia, cada vez que lo observaba y escuchaba su canto tan tenue? ¿Cuál era la “magia” del mosquitero silbador? ¿Dónde estaba el “secreto de su encanto”? Hacia el final del capítulo, encontró la fórmula para explicarlo: “¿Qué es, entonces, ese algo misterioso que contiene su música y lo convierte, para algunos de nosotros, en un cantor aún mejor que los mejores? Yo, personalmente, lo explicaría así: el suyo es un canto más armonioso, o bien, un canto con una concordancia más perfecta con el entorno natural en el que se oye. Es la voz más auténtica de los bosques” (1901: 103).

13. Mosquitero musical (Willow Warbler)

Hudson ya había celebrado la delicadeza del canto del mosquitero musical en *Birds in London* (1898: 130), pero fue en el capítulo “The Secret of the Willow Wren” donde profundizó en el encanto que este sílvido le proporcionaba. Era un pájaro muy común, mucho más que el silbador; pero, como sucedía con este, casi nadie lo conocía, incluso en los pueblos. Muy parecido a otros de su familia, era uno de esos pájaros pequeños “más vistos que distinguidos” (1901: 123). Hudson ilustró esta “indiferencia generalizada” con una anécdota sobre una mañana de domingo en los Jardines de Kensington. Estaba sentado en un banco, gozando del canto de un mosquitero musical, cuando en un árbol cercano se puso a cantar un zorzal charlo. Varios paseantes se detuvieron para escuchar y celebrar la belleza del canto potente del zorzal; nadie, en cambio, se fijó en la melodía más sutil del pájaro pequeño: “Era como si una pimpinela floreciera al lado de una amapola, una dalia o una peonía. Aun en el caso de que alguien la avistara, jamás la reconocería como una flor bella” (1901: 124-125). Al igual que con el mosquitero silbador, Hudson intentó desentrañar el secreto de su encanto. ¿Sería que su canto conjurase recuerdos del verano? Pero no era eso: lo mismo podría decirse de cualquier otro pájaro migrante. Lo fundamental, concluyó, como en el caso de la curruca capirotada -o bien, como reflexionó en una larga digresión, en el caso de los mirlos, las golondrinas, las lavanderas blancas y los bisbitas arbóreos-, era que había “algo inconfundiblemente humano en la cualidad de su voz, en su timbre” (1901: 127).

14. Mosquitero común (Chiffchaff)

Casi idéntico físicamente al mosquitero musical -he visto a ornitólogos experimentados incapaces de distinguirlos el uno del otro en el campo-, el mosquitero común interesaba mucho menos a Hudson que los pájaros anteriores. Carecía de un canto hermoso. Decía una y otra vez lo que dice su nombre onomatopéyico en inglés: *chiff-chaff*, *chiff-chaff*, *chiff-chaff*, y así *ad infinitum*. No es casual, por tanto, que la primera vez que Hudson se refiriese a él fue para hablar del “somewhat tiresome chiffchaff”, del bastante cansino mosquitero común (1893: 34), y que la única anécdota que le sugirió era la de un pájaro en Irlanda que se golpeó

dos veces contra la ventana de su dormitorio, ya que había una mosca subiendo por la vitrina interior (1913: 242). En el capítulo “The Return of the Chiff-Chaff (Spring Sadness)” (“La vuelta del mosquitero común [tristeza primaveral]”), publicado un año antes de la muerte de Hudson en *A Traveller in Little Things* (1921), el autor ya anciano se encontraba sentado sobre la rama de un aliso, a orillas de un estanque en una mañana soleada de finales de abril. Observaba a los mosquiteros comunes que aleteaban en el arbusto por encima de su cabeza. Había al menos una docena cantando, o bien, para emplear el neologismo del original, “chifchafeando” (*chiff-chaffing*) (1921: 264). Con el canto de los pájaros y los colores brillantes de la multitud de alhelíos y aliagas en flor que había en ese lugar, luchaba por “mantener la atención sobre estas cosas externas y cerrar firmemente mi mente contra un pensamiento, intolerablemente triste, que me había sorprendido en esa lugar tranquilo y solitario” (1921: 264). Era incapaz, sin embargo, de compenetrarse con los árboles y los animales, y de escaparse “de la triste atmósfera de la vida humana y su tragedia perpetua” (1921: 264). Todo lo que veía, cada árbol y flor y hasta el sol mismo, se teñía de oscuridad, y las imágenes de amigos perdidos y de recuerdos de primaveras pasadas con personas queridas -sobre todo, se intuye, con su mujer recién fallecida- lo avasallaban (1921: 265-266). Abril, anticipándose por un solo año al poema de Eliot, se había convertido en el mes más cruel para Hudson: “Para mí, a solas en ese día de abril, a solas sobre la tierra -así se me antojaba durante algunos instantes-, lo dulce llegó a transmutarse en amargura y apareció ante mi mente como una traición monstruosa, algo innatural y casi increíble” (1921: 267). En cierto momento superó el ataque de angustia, pero la melancolía permaneció, y la voz fantasmal de un ser querido acudió para decirle que volviese a disfrutar del sol, que confiara en su inmortalidad hasta el instante de su muerte, que pensara nada más que en el presente, y volviese a percibir la maravilla de todo lo que lo rodeaba. “Escucha al mosquitero común con la fecundidad de su reclamo familiar, siempre el mismo, y su mensaje primaveral”, le pidió, recordándole la inmensa distancia que había recorrido ese pájaro tan diminuto, y todos los peligros que había superado en el camino: “En cuanto llega a su hogar de siempre, la cuna de su raza se olvida de inmediato de las tribulaciones y los peligros y se pone a decir en voz alta el júbilo desbordante de la resurrección” (1921: 268-269). Esa “pequeña trompeta” del mosquitero debía enseñarle algo, decía la voz, pero Hudson se rebeló:

¿Es este el mejor consuelo que mi mentor misterioso es capaz de proporcionarme? ¡Cuánta vanidad, cuánta falsedad! ¡Qué poco sirve de ayuda la razón! El pequeño pájaro sólo existe en el presente; no hay para él ni pasado, ni futuro, ni conocimiento de la muerte. Cada acción suya es el resultado de un estímulo externo; su “valentía” no es más que la de una hoja muerta o un vilano de cardo llevado por el viento.

¿No hay escape, entonces, de esta tristeza inaguantable, de este pensamiento de primaveras que han pasado, de la hermosa y multitudinaria vida que se ha esfumado? Nuestra hacedora y madre se burla de nuestros esfuerzos, de nuestros refugios filosóficos, y los barre en una ola de emoción (1921: 269-270).

Es el capítulo de un escritor ya cercano a la muerte, en crisis con la naturaleza no humana que siempre lo había sostenido, y el único consuelo que le quedaba era que esas personas perdidas seguían estando, de alguna manera, presentes en el mundo natural, tiñéndolo con una luz inconfundible de ternura, belleza y gracia a ojos del que las quería (1921: 271-272).

La observación minuciosa, el oído atento de Hudson

Los ensayos ingleses de Hudson están llenos de pequeñas aventuras y epifanías, como las relatadas en este último apartado dedicado a los sálvados. Ya no se trataba del mundo deslumbrante de las aves grandes y espectaculares que conoció en sus años en la Argentina, ni del mundo fabuloso que existió también en Inglaterra, antes del holocausto aviar perpetrado por cazadores, guardabosques y coleccionistas. La maravilla estaba, también, en lo menos vistoso, en la belleza nimia. Se hallaba lejos de los senderos principales, y había que descubrirla con paciencia, en silencio, en contacto con la naturaleza no humana pero también con las pobladores sencillos y hospitalarios con los que se encontraba el escritor y naturalista en sus paseos por los pueblos rurales.

La misión que asumía Hudson, en sus ensayos ingleses, era la de compartir con sus lectores esa vivencia de un mundo de aventuras que estaban aún al alcance de la mano de cualquiera. ¿Para qué servían tanto esfuerzo -preguntó hacia el final de su *Adventures among Birds* (1913)-, tanto tiempo gastado en repasar laboriosamente viejas libretas en busca de esos dos o quizá tres comentarios entre mil que a lo mejor valía la pena rescatar? ¿Para qué hacerlo, si significaba quedarte en casa, cuando podías estar afuera, al aire libre y en medio de la “naturaleza vibrante, palpitante y viva”? Ambas facetas eran clave, sin embargo, para Hudson. Por un lado, las pequeñas aventuras que encontraba de improviso, gracias a la observación minuciosa y al oído atento, a veces en los lugares menos esperados, y el asombro constante que sintió ante la naturaleza no humana, sobre todo entre las aves, casi hasta el final de sus días -o bien, al menos, hasta la crisis que sufrió en compañía del mosquitero común-. Por otra parte, el deseo de contagiarnos a nosotros, sus lectores, ese espíritu humilde de aventura, para enseñar a compartir su capacidad de asombro. A fin de cuentas, su labor como escritor consistía en eso, y respondía a algo muy básico: “ese eterno deseo que hay en nosotros, y que debe de haber atormentado los corazones hasta de los hombres de las cavernas, por revelar, por dejar nuestro testimonio, por señalar el camino hacia un reino ignoto y encantado que hemos descubierto, y por tratar de infundir en los demás alguna vaga sensación o sugerencia del asombro y el deleite que hemos encontrado en la naturaleza” (1913: 287-288).

Referencias bibliográficas

Alexander, Cecil Frances, 1852, *Hymns for Little Children*, Londres: Joseph Masters, 5ª ed.

Hudson, William Henry, 1892, *The Naturalist in La Plata*, Londres: Chapman & Hall.

Hudson, William Henry, 1893a, *Idle Days in Patagonia*, Londres: Chapman & Hall.

- Hudson, William Henry, 1893b, *Birds in a Village*, Londres: Chapman & Hall.
- Hudson, William Henry, 1894, *Lost British Birds*, Londres: Society for the Protection of Birds.
- Hudson, William Henry, 1895, *British Birds*, Londres: Longmans, Green.
- Hudson, William Henry, 1898, *Birds in London*, Londres: Longmans, Green.
- Hudson, William Henry, 1901, *Birds and Man*, Londres: Longmans, Green.
- Hudson, William Henry, 1903, *Hampshire Days*, Londres: Longmans, Green.
- Hudson, William Henry, 1904, *Green Mansions: A Romance of the Tropical Forest*, Londres: Duckworth.
- Hudson, William Henry, 1909, *Afoot in England*, Londres: Hutchinson.
- Hudson, William Henry, 1913, *Adventures among Birds*, Londres: Hutchinson.
- Hudson, William Henry, 1915, *Birds and Man*, Londres: Duckworth, 2ª ed.
- Hudson, William Henry, 1918, *Far Away and Long Ago. A History of My Early Life*, Londres: J. M. Dent & Sons.
- Hudson, William Henry, 1919, *Birds in Town and Village*, Londres: J. M. Dent & Sons.
- Hudson, William Henry, 1921, *A Traveller in Little Things*, Londres: J. M. Dent & Sons.
- Hudson, William Henry, 1925, *Men, Books and Birds. With notes, some letters, and an introduction by Morley Roberts*, Londres: Eveleigh Nash & Grayson.
- Hudson, Guillermo Enrique, 1932, “El cardenal. Historia de mi primer pájaro enjaulado”, trad. de Jorge Casares, *Trapalanda, un colectivo porteño* 1, octubre, 48-62.
- Hudson, Guillermo Enrique, 1934, “El cardenal. Historia de mi primer pájaro enjaulado”, trad. de Jorge Casares, *Repertorio Americano* XV: 671, 17 de febrero, 105-107.
- Hudson, Guillermo Enrique, 1953, *El Naturalista en el Plata*, trad. de M. C., Buenos Aires: Emecé.
- Hudson, Guillermo Enrique, 1974, *Aves del Plata*, trad. de Herminia C. Mangonnet de Gollan y José Santos Gollan, Buenos Aires: Libros de Hispanoamérica.
- Hudson, Guillermo Enrique, 1980, *La tierra purpúrea. Allá lejos y hace tiempo*, trad. de Idea Vilariño, Caracas: Ayacucho.

- Hudson, William Henry, 2022, *Aves y hombres*, trad. y ed. de Niall Binns, Madrid: La Línea del Horizonte.
- Martínez Estrada, Ezequiel, 2001, *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora.
- Milton, John, 1812, *Paraíso perdido*, trad. de Juan de Escoiquiz, Bourges: Casa de Gilles, vol. II.
- Sclater, P. L. y W. H. Hudson, 1888, *Argentine Ornithology*, Londres: R. H. Porter, vol. I.
- Tomalin, Ruth, 1982, *W. H. Hudson: A Biography*, Londres: Faber and Faber.
- Warde Fowler, William, 1886, *A Year with the Birds*, Oxford: B. H. Blackwell.
- Warde Fowler, William, 1895, *Summer Studies of Birds and Books*, Londres: Macmillan.
- White, Gilbert, 1893, *The Natural History of Selborne*, Londres: George Routledge & Sons.
- Wilson, Jason, 1981, *The Colonial's Revenge. A Reading of His Fiction and His Relationship with Charles Darwin*, Londres: Constable.